

### CAPITULO III.

#### DE LA INFAME TRAMA QUE URDIAN VALIÉNDOSE DEL REY LOS ENEMIGOS DE LA REINA.

##### I.

Por distintos lados, como quien se encubre para hacer una mala cosa, llegaron al otero donde habia estado aquella tarde el rey con Caldelas, don Juan Nuñez de Lara, el infante don Enrique y el maestre de Calatrava don Pero Ponce ó don Ruy Perez, que tanto da.

—La ocasion se nos viene á las manos, dijo el infante don Enrique; y si no la aprovechamos, tarde ó nunca nos veremos libres del dominio de mi sobrino; parece que ha hecho pacto con algun poder sobrenatural que le ayuda: y ello es el caso, amigos mios, que á todos nos ha hecho bajar la cabeza, que ha acabado con la guerra, y que despues acabará con nosotros, quitándonos lo que nos ha dado para que le sirvamos.

—Pues si el rey consiente en seguirnos, dijo el traidor nauseabundo don Pero Ponce, que todo lo debia á la reina, no sa-

bemos cómo doña María se compondrá con el rey de Francia cuando todos andemos por otro lado con el rey nuestro señor, el único á quien debemos lealtad y obediencia.

—Tales pueden llegar á ser las cosas, dijo don Juan Nuñez, que el rey se tenga por muy dichoso con lo que le demos y con que le quede una sombra de corona: porque, ¿qué fuerzas tiene fuera de nosotros? Don Diego Lopez de Haro, á quien nos atraeremos solo con que el infante don Juan le haga pléito homenaje, si es necesario, de dejarle en quieta y pacífica posesion del señorío de Vizcaya: ¿acaso podrá hacer respetable á la reina ese caballero Sin nombre, ese aventurero que nadie sabe quién es ni de dónde saca los dineros con que paga sus caballeros y sus peones?

—¡Ah, qué buen hombre sois, don Juan Nuñez! ¿pues no veis que ese caballero Sin nombre, es sin duda un confidente de la reina que recibe secretamente de ella cuanto necesita para mantener esas quinientas lanzas y esos dos mil ballesteros?

—La reina está pobre, dijo el maestre de Calatrava.

—Decid que parece pobre, pero no digais que lo es; preguntadlo á ese zorro de canciller don Nuño Perez de Monroy, y él os dirá, si quiere, cuánto acapara para la reina y cómo andan las cuentas que doña María ha de dar al rey su hijo: ¿no salta á los ojos, don Juan Nuñez, que si la reina no ha dado ya su reino á su hijo, es porque quiere dilatar el tiempo de rendir esas cuentas? Y entre tanto vengán córtés y vayan córtés, y concedan servicios, y sáquense *manlievas*, y páguese mal y de mala manera á los caballeros: ¿dónde está todo ese oro sacado á estos reinos, hasta el punto de hacerles desfallecer de hambre, y del cual ni la décima parte se ha gastado en la guerra?

—La reina ha vendido todas sus alhajas, toda su vajilla, hasta su sortija de desposada.

—¡Ah! exclamó al oír esto el infante don Enrique.

—¿Qué decís, primo? preguntó don Juan Nuñez.

—Nada digo, contestó el infante, sino que teneis razon, primo don Juan. ¿Y sabeis que hace aquí mucho frio, que ya ha sonado la queda y que el rey tarda?

—Sabe Dios, dijo el maestre de Calatrava, cuántas precauciones tendrá que tomar para que no le sienta su madre; ella lo sabe todo, nos tiene rodeados de espías.

—Pues os aseguro que lo de esta noche no lo sabrá, dijo don Juan Nuñez, porque nadie creará que para entrar aquí hemos escalado los muros.

—Esa mujer, dijo el infante don Enrique, tiene sin duda un espíritu familiar que la avisa; pero ¡silencio! me parece percibir ruido de pasos.

—Sí, sí, ciertamente, dijo el maestre de Calatrava; pasos de dos hombres, uno de ellos debe ser el rey, y el otro nuestro buen amigo Gonzalo Gomez.

## II.

Acercábanse en efecto dos bultos que aparecieron entre una enramada.

Eran el rey y su trinchador.

Se acercaron.

—Buenas noches, primos, dijo el rey; buenas noches, hermano; he tardado un poco, ¿no es verdad? fué necesario que Gonzalo Gomez viese si estaba franco el camino, y ha encontrado bultos; ha sido necesario esperar á que esos bultos desaparecieran.

—¿Qué bultos eran esos, Gonzalo Gomez? preguntó el infante don Enrique.

—Eran dos hombres que siempre van juntos y que solo el verlos me irrita: el capitan de la gente de guerra de la infanta doña María de Granada, y su albéitar, un pícaro que dicen que es astrólogo y envenenador y brujo.

—A vos os ha pasado algo con ellos, Gonzalo Gomez, dijo el rey; porque don Melchor Zancudo es muy buen sugeto, y no lo es menos el otro; como que me ha curado mis cuartanas con no sé qué polvos amargos como la tuera: no los querais mal, que

al fin se quitaron de nuestro camino, y hemos podido salir sin ser vistos; pero hemos salido por la leñera, mis buenos amigos.

—Pues guardad, dijo Caldelas, que á estas horas no sepa la infanta doña María que habeis salido, porque saberlo la infanta es lo mismo que si lo supiera la reina.

—Cuando lleguen, llegarán tarde, dijo don Juan Nuñez; tratemos de lo que tenemos que tratar, y vos, Gonzalo Gomez, poneos de guarda á fin de avisarnos si viene alguien.

Caldelas se retiró contrariado.

—Y bien, mi buen tío, mi buen hermano, mi buen primo, dijo el rey; ya estoy aquí, ya estamos solos; nadie escucha, como no sea la yerba que pisamos: ¿qué teneis que decirme?

—Que ya es hora, señor, contestó don Juan Nuñez de Lara.

—¡Que ya es hora, que ya es hora!... siempre me estais diciendo lo mismo; pero para mí nunca llega la hora, mientras que para vosotros siempre es hora de crecer.

—Necesitamos fuerzas para serviros, señor, dijo el infante don Enrique; y si por nuestra lealtad no se nos hubiera dado algo qué, ¿cómo podríamos ayudar ahora á vuestra señoría?

—¡Vuestra lealtad, vuestra lealtad, dijo el rey, que era violento y se contenía á duras penas, y habeis querido vender vos, mi buen tío, mi villa de Tarifa en cuya toma tanto ahinco puso el rey mi padre que segun dicen de ello murió!... ¡vuestra lealtad, vuestra lealtad, y vos, don Juan Nuñez, estaríais aún en guerra contra mí, si no os hubiera tomado preso don Juan Alfonso de Haro!... ¡vuestra lealtad, hermano Ruy Perez, y si no os damos no sé qué villas y castillos os hubierais ido de nuestro servicio al de mi buen tío el infante don Juan y de mi buen primo don Alfonso de la Cerda!... Mirad: no me gustan palabras huecas, que á nada conducen; vengamos al propósito.

—Yo, señor, dijo el maestro de Calatrava, tuve razones bastantes para dejar el adelantamiento de Andalucía, y desnaturarme con sujecion al fuero de los hijo-dalgos.

—Basta, basta, dijo el rey; no niego yo que tuviérais razon para desnaturaros de estos reinos, y para pedir villas, lugares y castillos por volver á tomar vuestra natura de ellos.

—La reina vuestra madre, dijo don Juan Nuñez de Lara, lo quiere todo para sí; quiere someter á todos los hombres buenos, ricos hombres é infantes á su voluntad, y no mas que á su voluntad; ha querido, quiere y querrá reinar siempre, sin mirar que estos reinos tienen un rey legítimo, mozo ya, en disposicion de gobernar: la reina no oye á nadie mas que á ese don Nuño Perez de Monroy, á don Diego Lopez de Haro y á don Juan Alfonso, que la sirven el uno porque es señor de Vizcaya, el otro porque es señor de los Cameros, y estos señoríos los perderán el día en que se haga justicia por el rey, porque el señorío de Vizcaya es de la mujer del infante don Juan, hija legítima del conde difunto don Lope; el señorío de los Cameros es mio, por heredamiento de mi padre; y la reina, que lo sabe demasiado, mantiene esa usurpacion, como otras tantas que tienen disgustados á los mas leales vasallos de vuestra señoría.

—La reina, dijo el infante don Enrique dejando caer sutilmente sus palabras, no tiene en gran parte la culpa de lo que sucede; oye dócilmente á su grande amigo don Alfonso Perez de Guzman, que es los ojos por donde ve la reina.

—¡Pero si don Alfonso Perez, exclamó el rey vivamente inquieto, está allá en Tarifa, y de siglo á siglo viene á la córte, y esto cuando el peligro arrecia!...

—No tan de tarde en tarde, dijo el infante, entra en Valladolid un caballero encubierto, que tanto viste un hábito benedictino como una sobrevesta de luto, y que conserva tenazmente sobre el semblante una máscara de hierro.

—Ese es el Sin nombre, el bravo capitán de la compañía franca de los Hermanos de la Selva, dijo el rey.

—A veces, el hábito benedictino ó la sobrevesta de luto no encubren al caballero Sin nombre, sino á un caballero que le tiene muy conocido.

—Nunca se ve en el alcázar al capitán de la compañía franca: por lo mismo, tampoco se ve al que puede encubrirse bajo el traje y el incógnito del caballero Sin nombre.

—Pero el alcázar de Valladolid, así como el alcazarejo, tienen minas secretas, dijo el infante don Enrique.

—¿Y conocéis vos esas minas, mi buen tío? dijo con cuidado el rey.

—No, por mas que he hecho, dijo don Enrique; pero sé que esas minas existen por el relato que me hizo de una conversacion que tuvo con vuestro padre, vuestro tío el infante don Juan.

—¿Y qué conversacion fué esa, tío don Enrique? preguntó el rey, que estaba cuidadoso.

—Decia un dia al rey don Sancho el infante don Juan: «Causa pavor el pensar que la traicion se meta en nuestro alcázar y nos encontremos al pecho el puñal de nuestros mas íntimos servidores.—A lo que el rey don Sancho contestó sonriendo:—Hermano, nuestro padre fué muy sabio; conocia demasiado que no puede fiarse ni aun en la lealtad de los hijos, y en los principales alcázares de sus reinos, tales como el de Sevilla, el de Córdoba, el de Valladolid, y el de Burgos, puso salidas secretas que dan á la cámara del rey y que nadie mas que el rey conoce.—¿Y dónde están esas minas? preguntó don Juan como llevado por la curiosidad.—A lo que el rey contestó.—No pudiéndose fiar en la lealtad de los hijos, como yo lo he probado, ni en la lealtad de los hermanos, como me lo habeis probado vos, el rey debe guardar un profundo secreto acerca de lo que en un caso de traicion puede salvarle.»

—¡Buen aviso! exclamó el rey don Fernando: y si yo supiera, que no lo sé, dónde y cómo están las minas de esos alcázares, no lo diria á nadie, por aquello de que no puede fiarse en la lealtad de ninguno.

—La nuestra está bien probada, señor, dijo el infante don Enrique: sin nosotros, ¿qué hubiera sido de vuestra corona?

—Bien, bien, dijo el rey, disimulando y procurando aparecer el inocente; indudablemente, aunque habeis tenido algunos altibajos á causa de los agravios que segun decís os ha hecho la reina, me habeis servido bien; cuando hablo de traicion no me refiero á vosotros, pero en vosotros no se encierra el mundo: si vosotros no lo sois, lo son la gran parte de los que nos rodean, y hay que vivir con cautela: puede ser, si yo supiera dónde están

esas minas, que os lo revelara á vosotros; pero no, no lo sé, no por Dios.

—Eso demuestra, dijo Ruy Perez Ponce, que la reina os oculta muchas y grandes cosas, y hace buena nuestra razon el que, siendo vos el rey, no tenga para con vos la buena fé que debiera, y el que, siendo ya mozo, no quiera partir con vos el gobierno de estos reinos en union con el infante don Enrique, y el que esté entorpeciendo siempre las buenas cosas que el infante don Enrique, don Juan Nuñez, todos los que os aman y yo haríamos, si se nos dejase hacer.

—Ahí teneis lo de Tarifa, dijo el infante don Enrique; la reina no quiere venderla, porque se opone á ello su grande amigo don Alfonso Perez de Guzman.

—No puedo creer, dijo el rey, que la reina mi madre mantenga una amistad tal como la que decís con Guzman el Bueno.

—¿Ay si un dia muriese doña María Alfonso Coronel! dijo don Juan Nuñez: y dicen que doña María Alfonso tiene la salud muy quebrantada, y que de un momento á otro puede llegar la noticia de su muerte.

—¿Y qué? dijo el rey con acento verdaderamente terrible.

Pero sin encogerse ni acobardarse, el infante don Enrique contestó:

—¿Qué! que tendríamos á vuestra madre, que no quiso casar con aquel malaventurado infante de Aragon, don Pedro, casada con ese héroe, que no se sabe si es cristiano, ó moro, ó judío, porque ha servido á todo el mundo, y que sirviendo á todos ha ganado tanto, que se habla de sus inmensos tesoros.

—Me estais revelando cosas verdaderamente terribles, mis buenos amigos, dijo el rey, que vacilaba y pronunciaba mal sus palabras.

### III.

La calumnia empezaba á producir sus ponzoñosos resultados en el corazon de jóven príncipe; su sed por reinar, por hacer la